

debiendo ser llamadas á decidir de los resultados de la guerra las potencias signatarias de los tratados de París y de Londres; segundo, Rusia había de abstenerse de toda adquisición territorial en la orilla derecha del Danubio, respetar la integridad de Rumanía y no tocar á Constantinopla; tercero, si creaba un nuevo principado eslavo, no debía hacerlo á expensas de los Estados no eslavos, ni recabaría derechos particulares sobre Bulgaria, que en ningún caso sería gobernada por un príncipe ruso ni por un príncipe eslavo; cuarto, no extendería sus operaciones militares por la parte de Servia, ni sus tropas atravesarían este principado. Rusia aceptó estos compromisos, por molestos que fuesen para su amor propio. Mediante ellos, la única potencia que podía cruzarse en el camino del imperio moscovita era Inglaterra, cuya acción, sin embargo, tenía que ser casi nula, por efecto de las dificultades interiores con que luchaba su gobierno. Disraeli se defendía con trabajo en el parlamento de los ataques del partido liberal, que, en vista de la conducta desatentada seguida por Turquía en la conferencia, quería que se hablase enérgicamente al sultán para obligarle á ceder, en vez de alentarle en su resistencia. El gabinete británico debió, pues, limitarse á interponer sus buenos oficios para conseguir que cesase la guerra entre Servia y Turquía, y en este punto sus gestiones fueron coronadas por el éxito, firmándose el primero de Marzo un tratado de paz entre aquellas dos potencias, que aseguraba al principado servio el *statu quo ante bellum*. El peligro, sin embargo, continuaba en pie, por no haber podido la Puerta llegar á una inteligencia con el Montenegro, el cual, más afortunado en la campaña y dócil siempre á los consejos de Rusia, se mostraba intransigente. Por otra parte, el gabinete de San Petersburgo, viendo que no era contestada su circular de treinta y uno de Enero, perdía la paciencia, y á principios del citado mes de Marzo encargaba al general Ignatieff, apóstol de la guerra, que fuese á las otras cortes para preguntar á los respectivos gobiernos si, á falta de un concurso positivo, Europa consentía en otorgar á Rusia un permiso en blanco que la autorizase á obrar por su cuenta y riesgo, para imponer á viva fuerza á Turquía el programa de las potencias. El embajador ruso debía plantear el dilema siguiente: si el tratado de mil ochocientos cincuenta y seis se conceptúa en vigor, no podrá llevarse á mal que Rusia constriña á la Puerta á su cumplimiento en lo tocante á los cristianos, y si se supone derogado, no existe razón ninguna para que Europa ampare al sultán con su protección.

El paso dado por Rusia condujo al protocolo de Londres de treinta y uno de Marzo. Las seis grandes potencias invitaban formalmente á Turquía á celebrar la paz con el Montenegro, cediéndole los territorios que le reclamaba; á desistir de sus armamentos, y á ejecutar *realmente* las reformas tantas veces pedidas. Decíase, además: «Para el caso de que las esperanzas de las potencias queden nuevamente defraudadas, no mejorando la situación de los súbditos cristianos del sultán de tal suerte que no se reproduzcan los

desórdenes que periódicamente perturban la tranquilidad en Oriente, las potencias creen deber declarar que tal estado de cosas es incompatible con sus intereses y con los de Europa en general. Por si este caso llega, se reservan mancomunadamente la facultad de arbitrar los medios que consideren más oportunos, á fin de asegurar la prosperidad de las poblaciones cristianas y los intereses de la paz general». No cabía fundar grandes esperanzas en esta última tentativa hecha para conservar la paz. Aun antes de firmar el protocolo, el embajador ruso, conde de Schuvaloff, manifestaba que si la Puerta se avenía con el Montenegro (hipótesis poco verosímil) y, aceptando los consejos de las grandes potencias, condescendía á poner su ejército en pie de paz (segunda hipótesis de la misma naturaleza que la primera), podría enviar un emisario especial á San Petersburgo para tratar del desarme, en el cual estaba dispuesto á consentir S. M. el emperador, si bien los efectos de esta medida quedarían en suspenso, caso de repetirse las matanzas que ensangrentaran á Bulgaria. El ministro inglés, lord Derby, aleccionado por Disraeli, dijo á su vez que el protocolo se consideraría como nulo, si no se lograba el desarme recíproco de Rusia y Turquía y el mantenimiento de la paz entre estas dos potencias. Finalmente, el embajador italiano, conde de Menabria, manifestó ser válida la firma de su patria sólo en el caso de subsistir la inteligencia entre todas las potencias. Con esto, y con la prueba de simpatía que acababa de recibir de Inglaterra, que había restablecido su embajada en Constantinopla, nombrando para tan importante cargo á mister Layard, la Puerta se envalentonó, negándose el nueve de Abril á aceptar el protocolo, que le había sido comunicado seis días antes. El gobierno ruso se preparó en el acto á romper las hostilidades, celebrándose en San Petersburgo el trece de dicho mes un gran consejo, donde se acordó movilizar todo el ejército y se adoptaron otras importantes disposiciones militares. El día diez y seis, Rumanía, incapaz de resistir la presión de su poderoso vecino y halagada por la promesa de obtener el reconocimiento de su independencia completa, se comprometía á dejar pasar por su territorio las tropas rusas, y el veinticuatro lanzaba el Czar su manifiesto de guerra, diciendo no moverle ninguna mira de ambición personal, sino el deber de tomar á su cargo la defensa de los cristianos oprimidos, mientras Gortchacof representaba á las cortes europeas que era justo se consintiera á Rusia marchar libremente, ya que no se había querido asociarse á su iniciativa.

Alemania, Austria-Hungría, Francia é Italia nada objetaron á la declaración de guerra de Alejandro II: sólo Inglaterra, en una nota redactada en términos muy vivos, que notificó á las potencias en los primeros días de Mayo, reprochó á Rusia haber prescindido de las esperanzas muy reales de conservar la paz, que había habido hasta el último momento, añadiendo que se colocaba con su violencia *fuera del concierto europeo*. Mas esto no pasaba de ser un desahogo retórico. Quizás lord Beaconsfield no hubiese vacilado en arrostrar la guerra; pero lord Derby no se atrevía á tanto: la Gran Bretaña estaba aislada

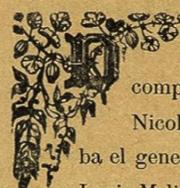
á la sazón, y los gladstonianos tenían en jaque al gobierno. En realidad, habría sido poco prudente el aventurarse á la lucha, y el gabinete británico, penetrado de ello, no tardó en presentarse más conciliador, limitándose á exigir de Rusia que no lastimara sus propios intereses, y en especial, que no tocara á Egipto, respetase el canal de Suez y no dirigiese las hostilidades contra Constantinopla y los estrechos. El gobierno de San Petersburgo dió al de Londres las más amplias seguridades acerca de estos extremos, y desde entonces pareció que nada debía oponerse al progreso de las armas rusas.

Los turcos, por su parte, habían visto acercarse la guerra con alegría, convencidos de que iban á renacer los días de la alianza anglo-francesa. Embargaban su ánimo las más extrañas ilusiones. «Alemania parece estar al lado de Rusia, decía un diario de Constantinopla, y Austria-Hungría observa una neutralidad benévola. Sin embargo, cuando se dispare el primer cañonazo, Austria se apresurará á implorar la protección de Europa en beneficio de Turquía. Respecto á Alemania, comprenderá también que no le queda más recurso, para salvarse, que declararse contra Rusia». Después, cuando se publicó el bélico manifiesto del Czar, la Puerta, recordando que el tratado de París creaba una situación excepcional en favor suyo, tuvo la audacia de invocar el artículo octavo de aquél, solicitando la mediación de las naciones europeas, juguete de sus intrigas desde hacía dos años.



## CAPÍTULO DÉCIMO-SÉPTIMO

La guerra ruso-turca y el tratado de San Estéfano



ECLARADA la guerra, los rusos rompieron casi inmediatamente las hostilidades, tanto en Europa como en Asia. Su ejército europeo se componía de doscientos cincuenta mil hombres, al mando del gran duque Nicolás, hermano del emperador, y el asiático de sesenta mil, que acaudillaba el general Loris Melikoff, famoso por sus hechos en campañas anteriores.

Loris Melikoff invadió el territorio enemigo, dirigiéndose á la Armenia turca. Sus éxitos fueron rápidos. La plaza de Bayazid cayó en su poder, y la más importante aún de Ardahan, defendida por Hussein-Salvi-Bajá con doce batallones y fuerte artillería, sufrió la misma suerte. La toma de Ardahan permitía á los rusos avanzar sin obstáculo sobre Kars, y aislar esta plaza de Batun y de Erzerun. En Constantinopla, produjeron estos sucesos gran indignación. Se acusó de negligente al ministro de la Guerra, Redif-Bajá; se le censuró en alta voz, por haber confiado la custodia de Ardahan á un hombre poco entendido en asuntos militares y que sólo torpes intrigas elevaran á la categoría de general. Loris Melikoff, prosiguiendo su marcha victoriosa, bloqueó á Kars y amenazó á Erzerun.

En Europa, los rusos no pudieron al principio ir tan de prisa. La crecida del Danubio y retrasos causados por la deficiencia de algunos servicios administrativos, les impidieron atravesar aquel caudaloso río hasta fines de Junio. Pasaron el bajo Danubio el veintidós de dicho mes por Budjak, cerca de Galatz; pero el esfuerzo principal lo realizaron